

Colette: las metamorfosis de la creación



ARTURO GÓMEZ-LAMADRID

Para Guadalupe Beristáin, mi madre

soy esa torpe intensidad que es un alma.

Borges

Avec humilité, je vais écrire encore. Il n'y a pas d'autre sort pour moi.

Colette

Al igual que los zarcillos de la vida tienden siempre, codiciosos, sus vástagos rizados hacia el cuerpo más cercano para inmovilizarlo y hacerlo suyo, los zarcillos de la vida acechan, constantes, nuestro ser, tratando una y otra vez de asirlo, para condenarlo al mudo testimonio de su afán infatigable y cierto. Mas, así como en una noche de zozobra y sueño un ruiseñor que sólo cantaba en las mañanas logró librarse de ellos y decidió entonces enmendar la costumbre y entonar un canto nocturno que lo mantuviera despierto y salvo, también Colette cayó en el sueño, despertó, combatió y gritó. Descubrió su voz y, en ella, la triaca para los cirros que, empecinados, retoñaban. Esta voz multiforme fue fiesta, baile y desenfado en los cabarets y los *music-halls* parisinos, o desnudez, actuación y mímica en los teatros de la *belle-époque* y la Tercera República; fue también actividad periodística, intensidad de pasiones bisexuales y rumiadas soledades, o encuentro cómplice, balsámico y memorioso con los animales y las plantas. Bajo las diversas texturas estaba la voz primera y última, se llamaba escritura:

Escribir... Es la mirada fija, hipnotizada por el reflejo de la ventana en el tintero de plata, la fiebre divina que sube a las mejillas, a la frente, mientras una bienaventurada muerte petrifica sobre el papel la mano que escribe ... Es también el

olvido del tiempo, la pereza en el fondo del sofá, el derroche de invención del que se sale exánime, atontado, pero retribuido y portador de tesoros que se descargan lentamente en la hoja virgen, en el pequeño circo de luz que se abriga bajo la lámpara.¹

La escritura es el molino que trilla y transforma la sustancia intangible y contundente de la vida, red de palabras que intentan atrapar el inasible flujo que conduce a ningún lado. —O, ¿es algún lado la muerte?— La escritura es asimismo relación con el mundo, esperanza del encuentro con el “silencio interior que sucede a un grito, a una confesión”, y reconstrucción de un yo. Pero la reconstrucción de este yo es creación, no crónica fidedigna de una vida, ni cuaderno de recuerdos o anecdotario. Es la elaboración de un universo y un ambiente, amarres que aseguran la unidad de una existencia; es también el difícil trabajo que exige disciplina y entrega, recogimiento y esfuerzo, pues el amor por las palabras es de igual modo acucia en la elección de la expresión exacta, ardua forja que persigue la frase armoniosa.

Así, en este grito aparece la Francia borgoñesa y provenzal, la Francia rural del bosque y la viña, los animales y las begonias. Aparecen también personas y personajes descritos y caracterizados mediante su cotejo con los más diversos elementos del reino vegetal. Resaltan la agudeza, el acierto y el placer de la observación minuciosa: la forma de un rostro, el color de unos ojos, o una

¹ Colette, *La Vagabonde*, Albin Michel (Le livre de poche, núm. 283), París, pp. 15 y 16.

boca que se abre a un beso; y el arte de precisar, matizar, detallar su naturaleza, sirviéndose de la avellana, la hoja del sauce, o una ciruela madura hendida por el sol. En la escritura está la voluntad de nombrar todo lo que se toca, se ve, se escucha, se huele. Pero también lo que se goza y se padece, pues la otra inflexión del grito está hecha de obsesiones y angustias, reflexiones y recuerdos. Colette examina con delicadeza y lucidez la soledad, la obsesión de la edad y el paso del tiempo, los celos, la amistad, el placer, el amor; y al hacerlo, traza la sinuosa huella de su existencia ávida y generosa.

El telón de fondo de esta vida, de esta voz cambiante —contrapunto geográfico de la prolija campiña de los textos—, es un París transformándose con presteza, testigo de extinciones y nacimientos, abandonos e irrupciones. Se van para siempre de las calles parisinas los equinos con su música de cascos, ruedas de madera y piedras, cadencia de los paseos baudelairianos; en su lugar se instalan, vociferantes, los ruidos del motor, los neumáticos y el Métropolitain. Muere también la ciudad acostumbrada a la penumbra y la turbiedad de la luz de gas, para renacer desnuda en medio de la espectacularidad “llameante de la electricidad” (Apollinaire). Se abandona sin prisa pero sin pausa el pudor hipócrita de la sociedad del Segundo Imperio, para adentrarse en los terrenos de la exhibición y la liviandad de la *belle-époque*.

Todo ello está en el grito, en la voz que cambia. Escuchémoslo, sus tonalidades entrañan lo que nos emociona y nos sorprende. Eso pedimos al arte.

Gabrielle Sidonie Colette nació la noche del 28 de enero de 1873 en Saint-Sauveur en Puisaye, un pueblo pequeño y pobre en la baja Borgoña. Última hija del capitán Joseph Jules Colette —héroe de la guerra de Italia (que le arrancó una pierna y le concedió una medalla), hombre que gustaba de cantar y escribir versos líricos y que guardó un deseo intacto por su esposa, aun en los años en que el cuerpo se niega a seguir las pasiones del espíritu— y de Adèle Eugénie Sidonie Landois, una auténtica provinciana nacida en París, con espíritu de casta y una pureza obligatoria en las costumbres: “el orgullo de vivir en una antigua casona, respetada, cerrada por todos lados, pero que puede abrirse en cualquier momento por sus graneros aireados, su henil lleno, sus dueños hechos en el uso y la dignidad de

su casa”.² Para Adèle Eugénie Sidonie, se trataba de segundas nupcias, pues en enero de 1857 se había casado con Jules Robineau-Duclos, un rico terrateniente alcohólico y desquiciado, con el que tuvo, oficialmente, dos hijos: Juliette Héloïse Émilie y Achille. Sin embargo, la maledicencia pueblerina y algunos biógrafos sugieren que Achille fue en realidad hijo del capitán Colette. Cinco años antes del nacimiento de Gabri había llegado al mundo el tercer hijo de Sido: Léo, músico innato, gran lector, niño secreto y compañero de juegos de Colette.

Aunque la celebridad de la escritora nos remite a su apellido paterno empleado como nombre, la vena anti-conformista, liberal, obstinada y curiosa le venía de los Landois. Un ejemplo: cuando el Rey Sol revocó el Edicto de Nantes en 1685, más de doscientos mil protestantes franceses se vieron obligados al exilio; entre los que se fueron a colonizar las islas de las Antillas, específicamente la Martinica, se encontraba Pierre Landois, un hugonote oriundo de Champaña ancestro de Colette. Siglos más tarde, a mediados del XIX, tras el golpe de Estado de Napoleón III, Víctor Hugo inició su exilio y —al igual que muchos otros desterrados— durante su estancia en Bruselas, antes de partir hacia Guernesey, encontró un acogedor y provisional refugio en casa de los Landois.

También a dicha estirpe debe Colette su educación fourierista, pues Adèle Eugénie Sidonie, Sido, factor determinante en ella, se había formado en la confluencia de dos corrientes frecuentadas por su padre y sus hermanos: una cofradía de editores, músicos, escritores y pintores, entre quienes figuraban Manet, Degas y el fotógrafo Nadar; y los círculos liberales bruselenses (grandes opositores de Napoleón III), entre los que destacaba Víctor Considérant, ferviente discípulo de Fourier. Las reuniones en la casa de campo de Eugène Landois —hermano de Sido— en Boulogne, donde los invitados juegan *croquet*, comen y platican recostados en el césped, escenas que recrearía Manet en su famoso *Déjeuner sur l'herbe*, son buen ejemplo de la cercanía de la familia con este medio. Años después, cada vez que Colette vivió el amor o escribió sobre él, dejó entrever los cimientos fourieristas de su educación, alejados de los valores de la moral en curso con su secuela de monogamia, represión de las pasiones y pecados. (En *Harmonie*, la sociedad ideal imaginada por Fourier, las pasiones no son reprimidas, la promiscuidad sexual se fomenta y se practica la educación comunal de los niños.) Además, el capi-

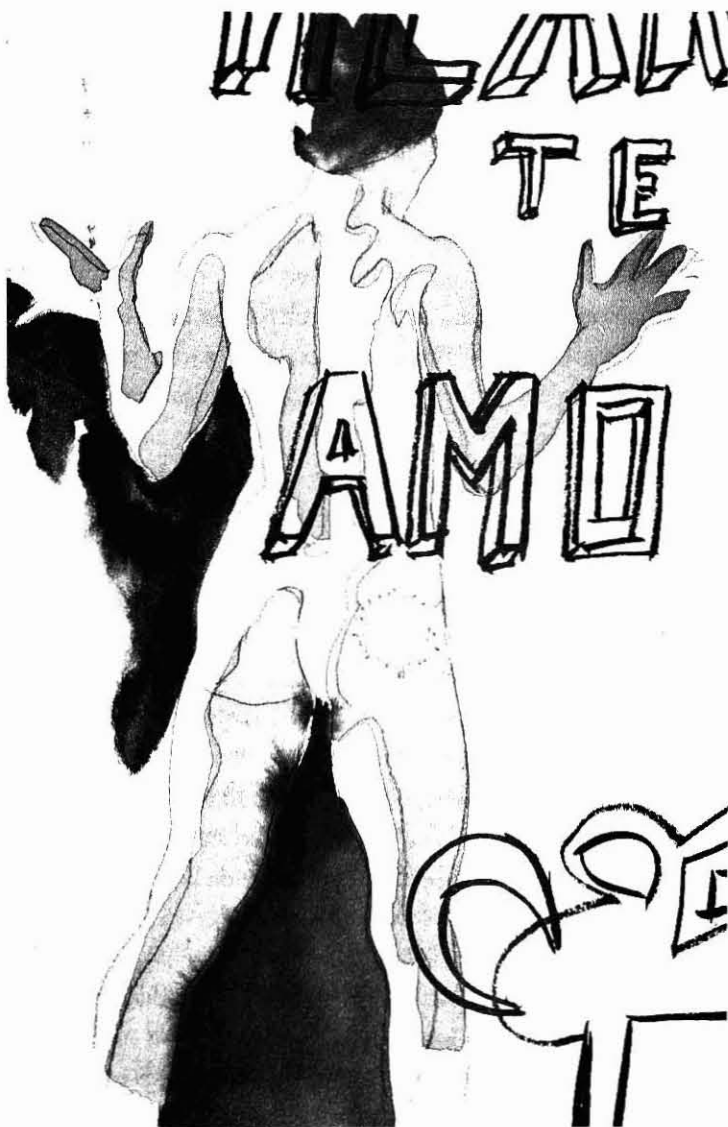
² Colette, *Sido*, Hachette (Le livre de poche, núm. 373), París, p. 6.

tán Colette y Sido decidieron dar prueba de su confianza en la institución clave de la Tercera República, su estandarte: la escuela obligatoria, laica y gratuita. Gabrielle Sidonie asistiría a ella.

La otra vertiente fundamental en la formación de Gabri fue la Francia rural, su intensa relación con la vida en el campo, los primeros veinte años de una existencia transcurridos en contacto con las plantas, los árboles, los animales, los aromas y hedores de la tierra; paseos en el bosque, recolección de cerezas, embebimiento con la perfección geométrica de una tela de araña o la metamorfosis postrera de una crisálida; aprendizaje de la alquimia que hace de la leche mantequilla y de la fruta mermelada, observación de la laboriosa preparación culinaria de los caracoles o la pierna de cordero. Todo aquello que sucede en una casa del campo borgoñés y que se ofrece a una niña curiosa. Leamos las palabras iniciales de *La maison de Claudine*:

La casa era grande, la adornaba un granero alto. La pronunciada pendiente de la calle obligaba a las caballerizas y los cobertizos, a los gallineros, la lavandería y la lechería, a amontonarse en la parte de abajo, alrededor de un patio cerrado. Apoyada en el muro del jardín, yo podía alcanzar el techo del gallinero. El jardín de arriba reinaba sobre el de abajo, hortaliza encerrada y caliente, destinada a la berenjena y al chile, en donde el olor del follaje del tomate se mezclaba, en julio, al perfume de los albaricoques maduros a espaldera.³

Ahí transcurrió la infancia, a la vera de los cordones rojos de la vid de otoño; tropezando con las lilas muertas, víctimas de su propia exuberancia; abierta enteramente al influjo de su madre, alerta a su llamado: "¿Dónde están los niños?"⁴ La madre y la naturaleza. La singularidad de esta mujer que a guisa de premio ofrece a su hija la belleza de un amanecer en el bosque. Ahí también, siendo aún una niña, Gabri vio por primera vez a Henry Albert Gauthier-Villars, Willy, amigo universitario de su hermano Achille. Aunque fue algunos años más tarde, en el verano de 1887 —Henry, herido y en malos términos con las autoridades parisiñas, pasó varias semanas en casa de los Colette luego de batirse en duelo por un amor—, cuando la joven provinciana que-



Luciano Spanó

dó impresionada por este seductor mundano, catorce años mayor que ella, arquetipo de la *belle-époque*. Meses más tarde se declara enamorada: "A los dieciséis años, el amor vino a perturbar la más clara de las existencias." Por aquellos tiempos Achille recibe su diploma de médico y un puesto como inspector de salud en Châtillon-sur-Loing, un pueblo situado a unos cien kilómetros al suroeste de París. Dado el vehemente amor y la marcada preferencia de Sido por el mayor de sus hijos varones, pero también serios problemas financieros que tienen por corolario la pérdida de la casa, la familia sigue al médico. Gabri es enviada a la ciudad capital para tomar cursos de canto y piano; en su tiempo libre, descubre los encantos de la urbe al lado de Willy: conciertos, teatros, cabarets y bares no frecuentados por las "señoritas de familia". La cercanía física termina en matrimonio; la boda tiene lugar el 15 de mayo de 1893. Para Colette es el inicio de una vida parisina, de las delicias y los sinsabores

³ Colette, *La maison de Claudine*, Hachette (Le livre de poche, núm. 763), París, p. 5.

⁴ Título del primer relato de los treinta y cinco que conforman *La maison de Claudine*.

del amor, de una ebullición equiparable a la que vive la sociedad: dandismo, opio y morfina; industria, manufactura y terrorismo anarquista; hierro forjado, *kitsch* y exposiciones universales. Un final de siglo con múltiples rostros.

Los Gauthier-Villars se instalan en un departamento de la calle Jacob, a unos cuantos pasos del boulevard Saint-Germain y del teatro del Odeón, es decir, en pleno barrio latino. Entre esas paredes iniciaría Colette el encuentro con su sino, la escritura, que es, por el momento, una tarea impuesta por su marido. Henry Gauthier-Villars le presenta a sus innumerables amigos. Dos celebridades fungirían como padrinos de la esposa de Willy tanto en lo que concierne a la escritura como en aquello que tenía que ver con el indispensable conocimiento de los vericuetos y los códigos del Tout-Paris: Marcel Schwob y Jean Lorrain, el famoso y terrible crítico, periodista y escritor pederasta que se batió en duelo con Marcel Proust. Así, desde los primeros meses de su matrimonio, Colette forma parte de esta

extraña y poderosa entidad que incluye a las más o menos dos mil personas que no se pierden nunca una premier, a las mil que son invitadas a la inauguración de una exposición de arte, a las quinientas que leen un libro a la salida de ésta, a las cien que son invitadas a un baile. La belleza, el talento, el carácter son buenos ingredientes para formar parte de ella, tanto como el poder, la riqueza o un nombre agraciado, pero no constituyen una garantía de entrada a este mundo cerrado al que se accede por cooptación tácita.⁵

De esa época data la fama aún actual del Molino Rojo, en donde las bailarinas de cancan —que por entonces no bailaban en escena sino en el mismo salón, frente a las mesas— jugueteaban con los parroquianos despojándolos de sus bombines. Toulouse-Lautrec pintó a los artistas más famosos de esas noches parisinas: La Goulue, Aristide Bruant, Jane Avril. La ciudad es, además, la capital del safismo: Natalie Barney, Liane de Pougy, Marguerite Moréno, Georgie Raoul-Duval, Marie de Régnier, Renée Vivien, a las que se une Colette, quien también se inicia en las decepciones amorosas, las disputas conyugales y las infidelidades de Willy con su colofón: el contagio de sífilis que padeció. Mientras estuvo enferma, Marcel Schwob y Paul Masson la acompañaron y le prodigaron conversación y cuidados. Afuera, el frenesí del París de fin de siglo continuaba. Proust, Huys-

mans y Louÿs, entre otros, dan buena cuenta de ello. Cuando Colette reaparece lo hace en una fotografía que muestra su torso de frente, desnudo, expuesta en la galería del Campo Marte en el Salón de 1896. Luego, Nadar la haría aún más popular con una de sus tomas. La pareja retoma su febril actividad. Obrera de su esposo, Colette escribe los recuerdos de su infancia. De ellos saldrían cuatro libros.⁶ Más tarde, el 22 de enero de 1902 tiene lugar la premier teatral de *Claudine à Paris*, con Polaire en el papel protagónico. Los Gauthiers-Villars ganan mucho dinero con esta obra, que se vuelve moda en los cabarets y los *music-halls*, pero gastan más de lo que ganan. Mientras tanto, la República se tambalea sacudida por las bombas de los anarquistas, las luchas obreras y las críticas e intrigas de los bonapartistas. También trastabillan la economía de la pareja y su relación. En 1905 sus bienes quedan oficialmente separados, y para cumplir la regla según la cual las desgracias nunca llegan solas, en el mismo año muere el capitán Colette. Su hija decide hacer pantomima y teatro promovida nada menos que por ¡Willy! En ese mismo año aparece interpretando el papel de un fauno en una obra de su todavía esposo, *Prélude à l'après-midi d'un faune*; y en otra obra en un acto de Pierre Louÿs, *Dialogue au soleil couchant*. También por aquel entonces conoce a Mathilde de Morny, Missy, aristócrata, nieta ilegítima de Napoleón III, quien se volvería la patrocinadora de su carrera teatral, su amante y su protectora. Colette emprendería con la marquesa de Morny el montaje de la obra que cimbró a la prensa parisina, hizo intervenir al perfecto de la ciudad y provocó "el escándalo del Molino Rojo" en 1907: *Rêve d'Égypte*. Pronto abandonaría a Willy para iniciar una vida nómada ligada a las giras que hacía para presentarse en diversos teatros y *music-halls*. Durante sus estancias parisinas vivía, alternadamente, con Mathilde o, por primera vez enfrentada a su incapacidad de estar sola, en un departamento de la calle Villejust.

II

En el otoño de 1907, Colette inicia la interpretación de lo que fue, quizá, su mayor éxito teatral, seiscientas representaciones en cinco años de una obra para pantomima, violenta y obvia que visitó toda Francia, *La chair*. En ella, la protagonista, con la ropa desgarrada tras una lucha

⁵ Claude Francis, Fernande Gontier, *Colette*, Librairie Académique Perrin, 1997, p. 107.

⁶ *Claudine à l'école*, *Claudine à Paris*, *Claudine en ménage* y *Claudine s'en va*. Los cuatro libros fueron publicados con los nombres de Colette y Willy.

con su pareja, deja ver sus senos. Nuevo escándalo en Niza y en Montecarlo. Al año siguiente, interpreta a Claudine en *Claudine à Paris*. La gira que hace con la obra la enfrenta con la soledad, tema recurrente en varias de sus novelas: "hay días en que la soledad es, para una persona de mi edad,⁷ un vino embriagador que te emborracha de libertad, otros días es un tónico amargo, y otros más un veneno que te hace azotar la cabeza contra la pared".⁸ A medida que la relación con Willy se degrada, se aclara y se profundiza su relación con la escritura. Tras varios escarceos que incluyen pleitos, reconciliaciones y citas a escondidas, llega la ruptura definitiva con el primer amor; llega también el principio de la celebridad. En un lapso de cuatro años, 1907-1911, publica cuatro libros: *La retraite sentimentale*, *Les vrilles de la vigne*, *L'ingénue libertine* y *La Vagabonde*. La importancia del segundo de ellos es capital, pues este mosaico de textos cortos que incluye recuerdos, bocetos, instantes de vida, retratos y cuentos escritos con una prosa poética donde la memoria involuntaria debe mucho a las reminiscencias olfativas, fue siempre para ella un "lamento que (le) reveló (su) voz". (Aunque habría que decir que la primera edición de este texto fue publicada todavía con el nombre de Colette Willy.) Tras la revelación, Colette inicia la reconstrucción de su yo. *La Vagabonde* es la historia de una mujer de letras sin éxito, Renée Néré, que aprende a vivir después de haber sido humillada en su matrimonio y, posteriormente, abandonada. Además de escribir, Renée se entrega a su trabajo de comediente y mima, pues le permite, en primer lugar, ganarse la vida, pero también sentir su cuerpo, dominarlo, crear formas que ejercen atracción y suscitan emociones; le ofrece también la convivencia con conocimiento de esa fauna especial que puebla los *café-concert* y los teatros, y el que vive en "el reverso del *music-hall*",⁹ su trabajo le da el gozo y el padecimiento de ese medio; le permite, en fin, no apegarse a nada ni a nadie, detenerse un instante, contemplar e irse, "vagabunda y libre". Más tarde, refiriéndose a los días difíciles con Willy, diría en *Mes apprentissages*: "En suma, aprendía a vivir. Entonces, ¿se aprende a vivir? Sí, si la felicidad no está presente. La beatitud no enseña nada. Vivir sin felicidad y no decaer, he ahí una ocupación, casi una profesión."¹⁰

⁷ Colette tenía entonces treinta y siete años.

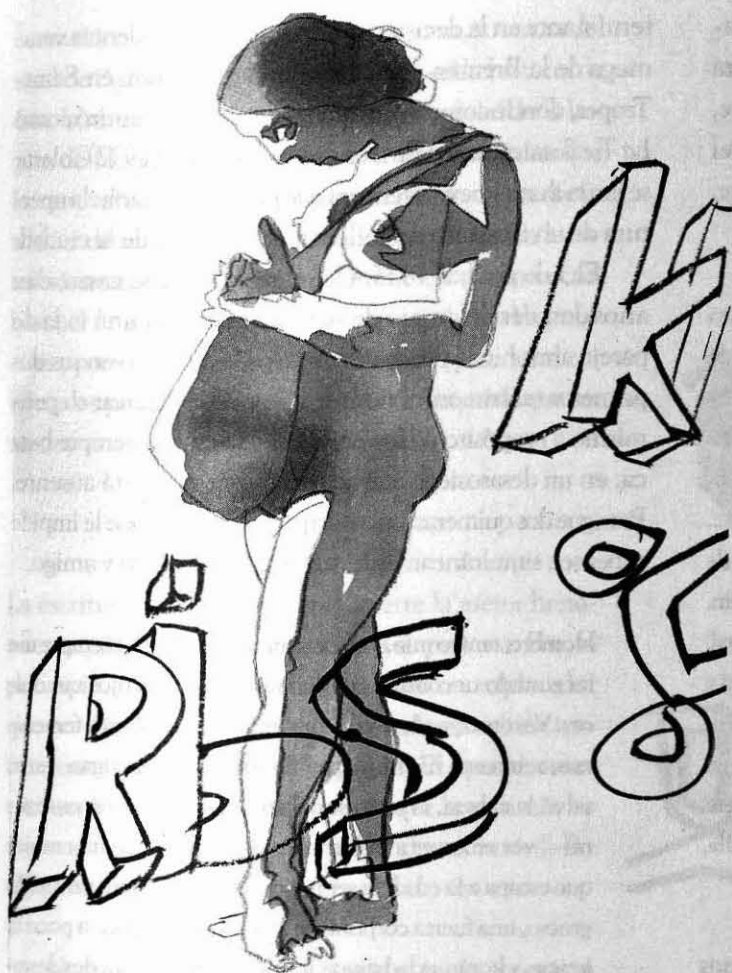
⁸ Colette, *La Vagabonde*, p. 14.

⁹ Colette, *L'envers du music-hall*, Robert Laffont (Col. Bouquins), 1989, vol. I.

¹⁰ Colette, *Mes apprentissages*, Robert Laffont (Col. Bouquins), 1989, vol. II, p. 1245.

Para entonces, Francia se había convertido en el paraíso de los periodistas y los periódicos (sólo en la capital circulaban más de tres mil). En uno de ellos, que durante varios años fue un periódico de referencia en la vida parisina, *Le Matin*, Colette publicó su primer cuento y conoció al que sería su segundo marido y el padre de su única hija, Henry de Jouvenel des Ursins, un aristócrata sin fortuna, periodista, político, padre de Bertrand de Jouvenel. El barón de Jouvenel ocupaba a la sazón el puesto de redactor en jefe del cotidiano. Colette inicia una relación con él, vive parcialmente con la marquesa de Morny y tiene por amante a Auguste Hériot. También toma clases de box y sigue en el teatro; en el otoño de 1911, es la estrella de *Ça grise*, un espectáculo de revista que se presenta en el *music-hall* más grande de París, el Ba-ta-clan. Luego se toma unas largas vacaciones en el campo donde inicia la escritura de una novela que nunca la satisfizo, *L'entrave*. El 25 de septiembre de 1912 muere su madre, un mes más tarde se entera de que está embarazada —hecho que nunca consideró esencial en su vida—, en diciembre se casa con Henry de Jouvenel y un año después un cáncer mata a Achille. Luto y fiesta. Preludio de tiempos duros.

Su segundo matrimonio no le había disminuido sus apetitos sáficos. Su nuevo amor se llamaba Musidora, primera *vamp* del cine en sentido estricto. En 1914 estalla la guerra y la ciudad permanece por algún tiempo silenciosa, por lo menos hasta la masacre del río Marne. Colette participa cuidando heridos por la noche en una escuela habilitada como hospital. Henry de Jouvenel está en Verdún. Colette se reúne con él y hace un reportaje para *Le Matin*. Además hace una película, *Minne* —basada en su novela *L'ingénue libertine*—, que tiene por protagonista a Musidora. Pero la censura prohíbe la proyección. La escritora decide entonces incursionar en la crítica de cine; durante tres años publica sus textos en *Le Matin*, *L'Excelsior* y *Film*, el primer periódico exclusivamente cinematográfico. Sin embargo, son tiempos difíciles: comienzan las limitaciones de comida, pululan las huelgas y una sorda zozobra ronronea cada acto de la vida. Aun así, el Tout-Paris se arremolina en el teatro del Châtelet para ver el ballet de Jean Cocteau, *Parade*, que Apollinaire llamó surrealista, una palabra que se haría famosa y que el poeta había inventado para referirse al arte de Picasso, Satie y Cocteau. Cuando la guerra termina, Colette es nombrada directora literaria de *Le Matin*. Su marido inicia una brillante carrera diplomática y hace nombre con textos políticos; ella, con textos periodísticos (principalmente crítica de teatro y reportajes) y literarios: retoma el personaje de algunos



Luciano Spanó

cuentos publicados en 1911 para hacer una novela, *Chéri*,¹¹ la historia de una pasión amorosa entre Léa, una cortesana madura y adinerada, que intenta no envejecer amando y dejándose amar, y Chéri, un joven Edipo enamorado, incapaz de ser libre, guapo, voraz, ávido de los placeres que ella le da y devastado por este amor único. La novela fue un éxito, Proust, Gide y Montherlant la elogiaron. Más tarde Colette escribiría una adaptación para teatro y en 1950 se haría una versión cinematográfica.

La política —que Colette detestaba y de Jouvenel adoraba—, una mujer rumana —la princesa Bibesco— y la guerra de 1914, son tal vez los tres factores determinantes en el lento pero implacable alejamiento de la escritora y su segundo marido. A medida que se alejaba de éste, se acercaba primero tiernamente, luego con voluptuosidad y deseo, a Bertrand de Jouvenel, su hijastro, treinta y un años más joven —en una prueba del vínculo ritual entre literatura y realidad que cumplía un extraño precepto al que Colette tenía mucho apego: “todo lo que uno escribe, sucede”—. En 1922, Colette emprende con Bertrand el peregrinaje que hizo

con todos los hombres que significaron algo en su vida: la visita a los lares de su infancia, a Saint-Sauveur-en-Puisaye. Y escribe. En ese mismo año publica *La maison de Claudine* y al año siguiente *Le blé en herbe*. En el primero de estos libros Colette prosigue con la reconstrucción de su yo, ahora a través de los recuerdos de su infancia. A diferencia de las primeras *Claudine*, cuya familia era muy diferente a la de la escritora, aquí son presentados, uno a uno, todos los residentes de la casa-mito. Pero las bellas imágenes que surgen de los textos son presentadas sin un orden cronológico, pues su afán no es la reconstrucción exterior, sino la reedificación interna. Por ello Bel-Gazou, la hija de Colette, puede aparecer en un contexto que no es el suyo, por ello la infancia y la adolescencia de la “hija de mi padre”¹² pueden convivir en estas páginas.

En diciembre de 1924, un nuevo azar se frota las manos. En una cena de seis comensales: la pareja Bloch-Levallois —convidentes—, León Blum, Marguerite Moréno, un negociante de piedras preciosas (amante oficial de la anfitriona) y Colette, se produce un encuentro que será decisivo para el resto de su vida. Mientras tanto, la todavía baronesa de Jouvenel vive intensamente los últimos momentos de pasión con su hijastro y en abril del mismo año se divorcia de Henry de Jouvenel.

III

Una mujer de 52 años, inteligente, interesante, seductora y célebre; que tiene al fin un nombre propio tras haber sido sucesivamente Gabri y Minet-Chéri, en las palabras maternas; Claudine, la esposa de y Colette Willy, bajo la sujeción conyugal; y la castellana *baronne* de Jouvenel, para las protocolarias amistades de su segundo esposo; ahora, al fin, se llama Colette y escribe. Un hombre de 35 años y cuerpo atlético, hijo de un corredor de diamantes holandés y de una severa madre francesa, condiscípulo y amigo de Jean Cocteau desde la época del liceo Condorcet, negociante de perlas, amante de la filosofía y las mujeres. Se llama Maurice Goudekot. Vivirán juntos casi treinta años, hasta la muerte de ella.

Si establecemos un paralelismo entre la obra de la escritora y su vida personal, observamos que en la última etapa (1928-1954) se manifiesta, por un lado, una lenta pero inequívoca intención de regresar al pasado para ali-

¹¹ Colette, *Chéri*, Robert Laffont (Col. Bouquins), 1989, vol. II.

¹² Nombre del duodécimo relato de *La maison de Claudine*.

mentar su escritura y, por otro, una voluntad de renunciamiento. Colette se prepara para envejecer; por ello y para ello está cada vez menos atenta al entorno en el que vive, ocupada en hurgar en sus recuerdos, dentro de los cuales el lugar preponderante lo tiene Sido. Recordar y renunciar. Recordar, pero ¿qué recordar? La infancia por ejemplo,

Sido y mi infancia, una y otra, una gracias a la otra fueron felices en el centro de la imaginaria estrella de ocho picos, de los que cada uno llevaba el nombre de los puntos cardinales y colaterales. A mis doce años vi llegar la mala fortuna, las partidas, las separaciones. Solicitada por cotidianos y secretos heroísmos, mi madre perteneció menos a su jardín, a su última hija ... Habría ilustrado con gusto estas páginas con una fotografía de ella. Pero me hubiese hecho falta una Sido de pie, en el jardín, entre la pompa, las hortensias, el fresno llorón y el añoso nogal. Ahí la dejé cuando tuve que abandonar, juntos, la felicidad y mis primeros años. Ahí la volví a ver sin embargo, un momento furtivo de la primavera de 1928. Inspirada y con la frente en alto, creo que en ese mismo lugar sigue convocando y recogiendo los rumores, las noticias y los presagios que acuden a ella, fielmente, por los ocho caminos de la Rosa de los Vientos.¹³

Renunciar, pero ¿renunciar a qué? A los placeres que nos ofreció la sensualidad del cuerpo, en primer lugar. A cierta edad, la carne deja de ser digna de aquélla. Envejecer es aceptar la desocupación parcial del cuerpo, la renuncia a los actos en los que la voluptuosidad derrocha, gozosa y vehemente, la energía vital, “una de las grandes banalidades de la existencia se retira de la mía: el amor”,¹⁴ dice Colette, aliviada de una dependencia ambigua, fuente de placeres y pesares, angustia y deseo. Tras un acercamiento necesariamente físico con Goudekot —para Colette el único amor es el de los cuerpos unidos— y algunos años de sensualidad claudicante, renunció sexualmente a él, su último hombre y, paradójicamente, lo conservó el resto de su vida como un gran compañero y un amigo leal. Renunciar también al escenario: a los 53 años Colette sube por última vez a uno de ellos. Durante largo tiempo había ejercitado su cuerpo, en el trabajo, en el amor, ante los ojos ajenos. Había llegado el momento de cubrirlo, de dejarlo, discreto, cumplir otras labores.

Los cambios internos eran acompañados de mudanzas externas. Goudekot le había hecho descubrir la naturaleza mediterránea y este descubrimiento tuvo una influencia de-

terminante en la decisión de abandonar su residencia veraniega de la Bretaña e instalarse en la Provenza, en Saint-Tropez, donde compró una pequeña casa que bautizó como *La Treille muscate*. La Provenza y París, pues en 1932 Colette se lanza a una nueva aventura que pronto fracasaría: la apertura de un instituto de belleza en el noroeste de la ciudad.

El 3 de abril de 1935, Colette y Maurice se casan, diez años después del inicio de su relación. Tener una vida de pareja armoniosa y muy diferente de la que tuvo en sus dos primeros matrimonios no hizo a Colette modificar su pesimismo a propósito de los hombres. El hombre siempre busca, en un desasosiego eterno, por eso siempre está ausente. Persigue dos quimeras: otro cuerpo y el poder, lo que le impide saber ser, simultáneamente, amante, compañero y amigo.

Hombre, amigo mío, ¡ven a respirar junto a mí! Siempre me ha gustado tu compañía. Me miras ahora con ojos tan dulces. Ves emerger de un confuso montón de harapos femeninos, como una náufraga, pesada por su carga de algas —si se salvó la cabeza, el resto se debate, su salvación no es segura—, ves emerger a tu hermana, tu compañera: una mujer que escapa a la edad de ser mujer. Tiene, como tú, un cuello grueso, una fuerza corporal de la que se retira poco a poco la gracia, y la autoridad que te muestra que ya no puedes desesperarla. Permanezcamos juntos: ahora ya no tienes motivos para abandonarme para siempre.¹⁵

En julio de 1930, durante un crucero por el Mar del Norte y los fiordos de Noruega a bordo del *Eros*, el yate de su amigo Henri de Rothschild, Colette inicia la redacción de *Le pur et l'impur*, una reflexión sobre el placer amoroso, analizándolo a través de relatos, anécdotas, recuerdos y diálogos. Texto lleno de una lúcida desesperanza en cuanto a las posibilidades de armonía y plenitud en el amor: “uno no debería acostarse con alguien que ama, eso echa a perder todo”, o “lo difícil no es tanto obtener los favores de una mujer, sino impedir, cuando ha colmado nuestros deseos, que funde con nosotros un hogar”, o aun, “¿me veré llevada, en las primeras páginas de un libro, a declarar que el hombre está menos destinado a la mujer que ella a él?”.¹⁶

Aún quedaban vicisitudes por enfrentar: los años negros de la guerra, el arresto de Maurice por parte de los alemanes en 1941 y su liberación el año siguiente, la elección

¹³ Colette, *Sido*, pp. 30 y 31.

¹⁴ Colette, *La naissance du jour*, GF-Flammarion, 1984, p. 34.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Colette, *Le pur et l'impur*, Hachette (Le livre de poche, núm. 6479), París, 1971.

como miembro de la Academia Goncourt, sucesora del sitio de Sacha Guitry y primera mujer en la historia de ésta, la recepción de la insignia de gran oficial de la Legión de Honor, la enfermedad: una terrible artritis que la inmovilizó los últimos años, postrándola en un diván a la luz de su fanal azul,¹⁷ y la muerte, que nunca le interesó, mucho menos la suya. Durante ese tiempo y casi hasta el final, Colette continuó con su trabajo de creación y para ello regresó una y otra vez a su pasado, al cobijo y las prescripciones maternas: "no hay más que un amor y una virtud: no hagas mal a nadie".

La escritura fue entonces para Colette la mejor herramienta para dar forma y sustancia a su persona. Fue, al principio, un deber, materia prima de un explotador que por añadidura era su esposo; pero fue también instrumento de formación y liberación. El apunte crece en interés cuando nos enteramos de que la escritura no responde en este caso a una "profunda vocación". En el *Journal à rebours*, leemos:

No, yo no quería escribir. Cuando se puede penetrar al reino encantado de la lectura, ¿por qué escribir? Esta repugnancia que me inspiraba el acto de escribir, ¿no era un consejo providencial? Es un poco tarde para preguntarme acerca de esto. A lo hecho, pecho. Pero en mi juventud, nunca deseé escribir.¹⁸

Y sin embargo se pasó gran parte de su vida escribiendo. Sin ninguna pretensión intelectual, con una gran aptitud para gozar los placeres del presente, asomada al pasado, opuesta a la sacralización del oficio: "una página bien escrita vale lo mismo que un par de zapatos bien hechos", haciendo el mayor esfuerzo para expresar su pensamiento, su sentimiento. Ese esfuerzo nos legó una prosa magnífica. "Un lenguaje sabroso casi en exceso... ¡Ah! ¡Cómo me gusta la manera de escribir de Colette! ¡Qué seguridad en la elección de las palabras! ¡Qué delicado sentimiento del matiz! Y todo ello como jugando, a la La Fontaine, como si nada, resultado de una elaboración minuciosa, exquisito resultado." Así describió André Gide en su *Diario* el estilo de Colette.

¹⁷ Colette, *Le fanal bleu*, Fayard (Le livre de poche, núm. 4221), París, 1987, 157 pp.

¹⁸ Colette, *Journal à rebours*, Robert Laffont (Col. Bouquins), 1989, vol. III, p. 61.



Luciano Spanó

Obra marcada por la belleza y la sensualidad, por la afección y la nostalgia, su escritura nos ofrece el placer de las palabras, el proceso de creación de una subjetividad que se rompió al abandonar el nicho materno, la topografía de una naturaleza que se mira, mira, recuerda, inventa y nombra, con una lengua total: a veces anticuada y regional, otras precisa y técnica, siempre exacta y rica, tributaria de una actividad cuyo arraigo en el ser es difícilmente explicable:

¿Cuándo se deja de escribir? ¿Cuál es la señal de advertencia? ¿Un tropiezo de la mano? Creí en otro tiempo que el trabajo de escribir era como los otros trabajos: una vez depuesta la herramienta, uno exclama con alegría "terminé" y se golpea uno las manos, de las que llueven los granos de una arena que creímos valiosa... Es entonces cuando, en las figuras que escriben los granos de arena, podemos leer: Continuará...¹⁹ ♦

¹⁹ Colette, *Le fanal bleu*, p. 157.